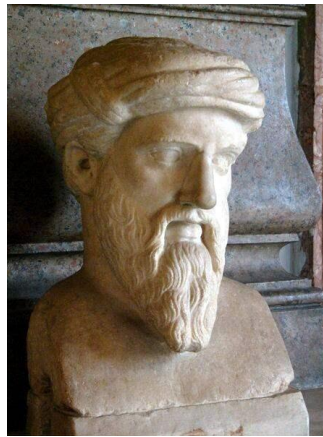


LOS MISTERIOS DE ELEUSIS Y LA ORDEN DE PITÁGORAS



De 510 a 450, la orden pitagórica se desarrolló de modo continuado y numerosos adeptos engrosaron sus filas. Alrededor de 450, un brusco cambio de situación pone en cuestión los resultados obtenidos; la mayoría de los jefes oficiales del pitagorismo son masacrados por sus opiniones políticas. En efecto, habían decidido sanear la sociedad griega excluyendo del poder, poco a poco, a los ávidos y a los ambiciosos. Tan noble idea obtuvo un fracaso total y, tras esa sangrienta depuración, los miembros de la cofradía fueron obligados a ocultarse y a abandonar cualquier actividad política. Algunas células pitagóricas vuelven a formarse en la mayoría de los Estados del mundo antiguo, sobre todo en Italia. En el siglo VI a. C, existen pequeños grupos extremadamente cerrados que mantienen un secreto absoluto sobre sus trabajos. Los horribles acontecimientos de 450 les enseñaron la prudencia.

Bajo Cesar y los primeros emperadores romanos, el pitagorismo se impone de nuevo: abarca prácticamente todas las capas sociales y adquiere numerosísimos fieles. Según algunos testimonios, una estatua de Pitágoras se habría erigido, incluso, en el foro romano a comienzos del siglo III a. C. Lo que probaría la inmensa popularidad del geómetra griego. Sea como sea, el pitagorismo está sólidamente implantado en la Italia del siglo I a. C las ceremonias se celebran con fasto, pero la orden es atentamente vigilada por los gobiernos.

Los pitagóricos, en efecto, nunca ocultaron que la política materialista de Roma les disgustaba. De vez en cuando, algunos jefes pitagóricos tienen que exiliarse; Augusto, por ejemplo, expulsó a un tal Pitagóricas que deseaba

devolver a la orden un carácter político. Pese a esta vigilancia, la doctrina de los neos pitagóricos influye en numerosos grupos de tendencia espiritualista, como los esenios que preparan el advenimiento del cristianismo.

Por lo demás, debemos distinguir los auténticos pitagóricos, que se preocupan por el esoterismo, y los «pitagoristas» que no conocen las enseñanzas secretas y sólo adoptan una moda; a estos últimos se debe la propagación de ideas excéntricas como la metempsicosis o el vegetarianismo. Durante su estancia en Crotona, Pitágoras distinguía cuidadosamente a los oyentes, los discípulos y los iniciados, a quienes llamaba «físicos». Esos tres grados subsistieron en el interior de la Orden donde se codeaban los creyentes, los pitagóricos dedicados al campo social y político y los iniciados.

La masonería conservará una estructura de tres grados, que es la más auténtica base de la iniciación tradicional. El modo como Pitágoras concebía la vida iniciática influyó en todas las comunidades ulteriores. Para él, los verdaderos discípulos ponen espontáneamente sus bienes en común; intentan formar una sociedad fraterna en la que cada cual piensa, primero, en el bien común y no en el suyo propio. Entrar en la orden pitagórica es, en principio, practicar el silencio y trabajar en la sombra durante un tiempo que va de tres a cinco años. Superada esta prueba, el adepto es admitido en la comida comunitaria. Si es incapaz de acallar sus pasiones durante tan largo tiempo, abandona la Orden sin otra forma de proceso y se le entregan sus bienes, que habían sido colocados bajo precinto. Un hermano, decía Pitágoras, es otro uno mismo. Esta máxima no era teórica sino que se aplicaba a menudo.

En ciertos combates, por ejemplo, algunos pitagóricos pertenecientes a ejércitos enemigos deponían las armas cuando habían hecho el signo ritual que les permitía identificarse. Cierta día, un pitagórico murió en casa de un posadero tras una larga enfermedad; como no tenía ya dinero, su anfitrión se había ofrecido a pagarle los remedios y la comida. «¿Quién me lo devolverá?», le preguntó al pitagórico que agonizaba. «No tengas temor alguno», le respondió; «cuelga esto de tu puerta». Le tendió una tablilla en la que acababa de trazar un signo misterioso. Mucho tiempo después, un pitagórico pasó ante la posada y vio la tablilla. Entró y preguntó al posadero por qué la había colgado. Al saber el infortunio de su hermano, pagó al buen hombre y prosiguió su camino. Otro acontecimiento probará la intensidad de los sentimientos fraternales que reinaban en la Orden: el tirano Dionisio el Viejo había hecho encarcelar al pitagórico Fintias. «Puedo», le dice éste, «darte pruebas de mi inocencia siempre que me sueltes». El tirano se niega,

creyendo que se trataba de una artimaña. Se presenta entonces el pitagórico Damón que se deja encarcelar en lugar de Fintias. Sí no regresa antes de que se ponga el sol con las pruebas de su inocencia, Damón será ejecutado. Fintias regresa y ambos pitagóricos son liberados. Que cada cual, recomendaba Pitágoras, se comporte lo más perfectamente posible en el cargo que se le atribuya, ya sea ritual, social o familiar.

Cualquier responsabilidad es una ocasión para mejorar, el orden social puede ser un reflejo del orden cósmico si la humanidad lo desea. Semejante ideal de fraternidad hizo que un soplo purificador se levantara en un mundo greco-romano donde enormes multitudes iban a ver correr la sangre en las arenas. La unidad espiritual y afectiva que reinaba entre los pitagóricos modela, parcialmente, el alma del cristianismo y, a través de él, la de los constructores de catedrales. No sorprenderá, por consiguiente, ver que la fraternidad figura en primer plano de los valores masónicos.

Intentemos delimitar con mayor concreción las enseñanzas pitagóricas y descubrir en ellas una de las prefiguraciones del simbolismo de los masones. Al juramento y al silencio, que parecen propios de todas las sectas iniciáticas, se añade el sentido de la «medida», que es una aplicación de las leyes geométricas. Quien lo posee puede convertirse en «dueño de las cosas», utilizando el mensaje desvelado en las reuniones secretas. Advertamos que quienes traicionan pueden ser condenados a la pena de decapitación; ahora bien, el gesto ritual del aprendiz masón consiste, precisamente, en representar una degollación. Por su juramento, se ha comprometido a mantener en secreto los misterios masónicos. De lo contrario, le cortarán la cabeza.

Probablemente, el castigo nunca fue ejecutado en la época del pitagorismo; ni tampoco en la masonería. Simbólicamente, significa que el perjuro se priva de su cabeza, de su órgano pensante que le habría permitido avanzar por la vía iniciática. Durante la ceremonia iniciática pitagórica, el postulante iba desnudo. Al finalizar el ritual, le entregaban una toga blanca, signo de la rectitud y de la irradiación del Bien que penetraba en su alma. Encontramos el mismo proceso entre los masones que ofrecen al iniciado de primer grado un delantal blanco que nunca deberá mancillar con actitudes irresponsables. Los «Compagnons du Tour de France» han conservado el símbolo de la desnudez total; los masones, tal vez a causa de una corriente moralizadora, dejan alguna ropa al neófito.

Para identificarse, los pitagóricos se daban un apretón de manos a la manera egipcia. No conocemos sus modalidades exactas; los masones han conservado el símbolo. Otro medio de identificación era una especie de catecismo en el que alternaban preguntas y respuestas rituales. Por ejemplo, se preguntaban: «¿Cuáles son las islas de los bienaventurados?». Y el iniciado tenía que responder: «El sol y la luna». O también: «¿Qué es lo más sabio?», «el Número»; «¿qué es lo más bello?», «la Armonía»; «¿qué es la naturaleza?», «es el otro». Los masones tuvieron siempre a su disposición un «catecismo» semejante que, además de su función de identificación, contenía lo esencial de los misterios masónicos bajo las apariencias de fórmulas herméticas. El acto comunitario fundamental de los pitagóricos era el banquete; asistían como máximo diez comensales. Esta regla evoca la presencia de diez oficiales de la masonería que presiden los destinos de la Logia. Nos referiremos de nuevo, más adelante, a su importancia; retengamos, de momento, que la institución del banquete o la comunión material se añade a la comunión de las almas.

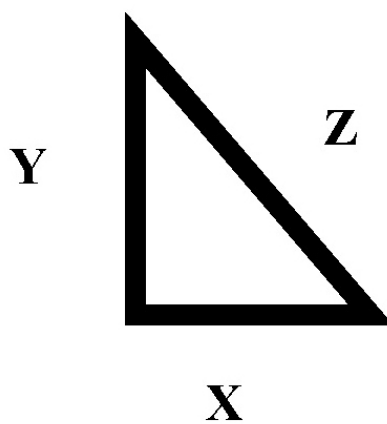
Tras la comida, los pitagóricos se entregaban al trabajo y a la lectura; el más anciano elegía un texto ritual leído por el más joven y propuesto a la meditación de los hermanos. En los «Banquetes de orden» de la francmasonería donde se respeta la tradición, se procede del mismo modo. Hecho importante para el desarrollo de nuestra investigación: los pitagóricos tenían entre ellos a constructores. El más hermoso ejemplo de su trabajo es, sin duda, la célebre basílica de la Porta Mag-giore, en Roma, junto a la Vía Prenestina. Se trata de un templo-caverna, análogo al «gabinete de reflexión» de la masonería; como advierte Carcopino, el templo de los pitagóricos está situado bajo tierra en virtud del refrán «no hables sin luz de las cosas pitagóricas-: no utilizar, por consiguiente, la luz exterior que es solo un falso fulgor, sino la claridad procedente del interior de las cosas, del centro de la tierra. A pesar de su situación, en efecto, la basílica di la Porta Maggiore no estaba sumida en la oscuridad; aberturas dispuestas sabiamente dispensaban a los adeptos una luz filtrada que, identificaban con la gracia divina.

Entre los símbolos importantes de la Orden, el número siete influyó directamente en la masonería. Según Pitágoras, siete simboliza lo no engendrado, la sabiduría siempre virgen a pesar de las malversaciones que los hombres cometen en su nombre; siete es el número del Maestro Masón. En el campo de la geometría, los pitagóricos, veneran también un triángulo sagrado en el que ven el principio creador del universo. Este triangulo sagrado está colocado por encima del Venerable en la logia masónica.

Permítasenos poner de relieve un detalle curioso: entre los pitagóricos, la grulla era un pájaro simbólico. Adaptándose a las condiciones atmosféricas, aludía a la adaptabilidad del sabio frente a los acontecimientos, felices o desgraciados. Su gorjeo imita la voz del hombre y descubre a los asesinos de los sabios; además, las familia-de grullas vuelan en triángulo, prueba de que son herederas directas de la sabiduría. Esta grulla pitagórica, detentadora de tantos misterios, puede contemplarse aún en lo alto del gran arco del porche interior de la basílica Sainte-Mane-Madeleine, en Vézelay.

En los templos pitagóricos, el iniciado encargado de dirigir los trabajos de la asamblea y sacar a la luz el significado esotérico de las palabras dichas se mantenía al fondo del edificio. El obispo cristiano se colocará, también, al fondo del ábside y el Venerable masónico se instalará en el extremo oriental de la Logia.

Nuevas investigaciones mostraran hasta qué punto las comunidades pitagóricas orientaron el destino de las asambleas de carácter espiritual que nacieron duran re la era cristiana; la espiritualidad masónica, como muchas otras, no podía comprenderse sin referencias al pitagorismo.



$$X^2 + Y^2 = Z^2$$